

damente; levantó luego los párpados, y puso la mano sobre el corazón; pero al cabo de dos minutos se levantó meciendo la cabeza con aire triste.

—¿Qué hay, señor doctor?—preguntó un caballero, cuyo carruaje blasonado le esperaba á pocos pasos.

—¡Está muerta!

—¡Muerta!—repitió la multitud.

—¡Muerta!—gimió Calabaza llorando con desconsuelo.

—Sí; un dolor agudo en el corazón le ha causado la muerte; no hay que achacarla á las pisadas del caballo; cuando el animal pasó sobre ella ya había expirado.

Luego, separando á los curiosos, el médico irguió su alta estatura, tomó por un brazo á Calabaza y le dijo:

—Venga usted conmigo, buen hombre; sé donde vive ese mónstruo á quien llama su hijo; el duque le recibirá bajo su techo, y veremos si delante de él y de mí se atreve á negar, como aquí, que es usted su padre; por fortuna le vi antes de que se marchase, y sé su historia también como usted mismo.

El doctor hizo entrar en su coche á Calabaza, á quien el dolor había convertido en un autómatá, y dió al cochero las señas del palacio de Varennes.

Casi en el mismo instante recogía la justicia el cadáver de Bárbara y le depositaba en la Morgue (1).

XII

Calabaza fué acometido en el carruaje del médico de un desmayo mortal.

El hambre, la fatiga, la aflicción, habían abatido aquella débil y quebrantada naturaleza.

En vano el doctor hizo cuanto pudo en aquel reducido espacio para volverle á la vida.

Cuando llegaron al palacio aun continuaba sumergido en su letargo.

Dos criados sacaron al desgraciado del coche por orden del médico.

—Ponedle en una cama y encended en la chimenea de la habitación donde le coloquéis un fuego moderado.

Los criados se miraron atónitos; era Julio, y no podían comprender la necesidad de encender lumbre.

—Os digo—repitió el médico—que encendáis una lumbre moderada, y que abráis las ventanas; mientras tanto le prepararé yo un cordial.

(1) Sitio donde se exponen en París los cadáveres que se hallan en las calles, y cuya procedencia se ignora.

Los criados obedecieron al médico, aunque de malísima gana; aquel mendigo haraposo les repugnaba de una manera invencible, y se preguntaban por qué motivo le traían á casa de su amo.

El doctor siguió andando hacia el interior de la casa, en la cual reinaba la mayor confusión; al entrar en un pequeño aposento donde se guardaban las medicinas, y que servía á los dos médicos de laboratorio, se halló á Silvestre, que, muy asustado, pasaba por el corredor.

—¿Qué ocurre?—preguntó el médico.

—¡Ay, señor!—exclamó gimiendo el anciano.

—Vamos, ¿qué sucede?—insistió el doctor.

—¡Que al señor duque le ha dado otro ataque terrible!

—¿Otro ataque?—preguntó espantado el médico.

—¡Sí, señor! ¡ahora iba á buscar á usted! el pobrecito señor se ha quedado mudo y sordo desde hace dos horas!

—¡Oh! ¡lo que yo temía!—murmuró el doctor;—¡un ataque á la cabeza!

—Viene usted al instante ¿no es verdad?—preguntó Silvestre con angustia—aun puede ser que haya remedio!

—¡No le hay, mi pobre Silvestre!—contestó el doctor.

—¡Dios mío!

—Pero vamos á verle, sin embargo; ¿ha venido Arturo?

—Hace poco rato; entró en su cuarto y ha encargado que no se le llame; y lo extraño es que ha mandado á su ayuda de cámara que salga á comprarle una silla de posta, que al amanecer debe estar á la puerta.

—¡Es extraño, en efecto—murmuró el doctor, al mismo tiempo que entraba en la habitación del duque.

Este se hallaba desde hacía más de un mes sin levantarse de su lecho; su cuerpo era una masa inerte, y el nuevo ataque que había padecido, y que le había dado á la cabeza, le dejaba ya tan poca vida, que el médico retrocedió dos pasos al verle.

—¿Está muy malo, señor doctor?—preguntó Silvestre con voz llorosa.

—¡Está muriendo!—repuso el médico.

—¡Ah, santo Dios!

—La muerte viene á paso acelerado—prosiguió el doctor;—pero nada puede detenerla; volveré dentro de un instante, Silvestre; ¿ha cumplido ya el señor duque sus deberes de cristiano?

—¡Sí, señor!—respondió sollozando el anciano;—hace dos días confesó y comulgó.

—Hasta luego, Silvestre—añadió el doctor;—otra persona reclama aquí mis cuidados; para el señor duque son inútiles.

Silvestre embargado por la pena, no entendió las palabras del médico ni se detuvo á pensar quién sería aquella otra persona que necesitaba de los cuidados de aquél; sentóse á la cabecera del lecho de su amo, y se puso á mirarle con tristeza.

Cuando el médico entró en el cuarto donde habían dejado al pobre Calabaza, empezaba éste á volver en sí; era una habitación bonita y de pequeñas dimensiones, que comunicaba por un lado con el tocador de Mateo, y por otro con el comedor del palacio.

Mariano al recobrar el conocimiento se había incorporado trabajosamente en el lecho donde le habían tendido y se hallaba solo, porque los criados, valiéndose del desorden que reinaba en la casa, cada uno atendía á su negocio particular.

Además del de cada uno, se agitaba en la casa otro negocio general; era el de la próxima muerte del duque, que, como había dicho Silvestre en medio de su aflicción, debía tener lugar muy en breve, según la rápida alteración de su semblante.

—Vamos, pobre Mariano, ¿cómo estamos?— dijo el doctor que por la relación del duque, conocía la familia de Mateo.

El buen Calabaza contestó sólo con llanto, su memoria, que se había aclarado de repente, le

presentó á su mujer muerta sin socorro y en medio de la calle, á su hijo paseándose en coche y sin querer reconocerles.

—No hay que llorar, dijo el doctor; todo se arreglará, Mateo será rico y atenderá á su padre como debe.

—¡Ah, señor! yo no quiero nada de mi hijo, murmuró el anciano con voz doliente; solo quiero morir, para volver á reunirme con mi Bárbara.

—Ese deseo no es justo, repuso el doctor, sacando un frasquito que había tomado del laboratorio y que contenía un cordial; y llamando á un criado le mandó traer una cuchara.

—Pronto estará usted bueno, amigo mío, vió dirigiéndose á Calabaza, y dándole una cucharada llena de cordial; tome usted esto, y duerma si puede; dentro de dos horas sentirá gran sed; entonces llame usted y beberá un poco de vino generoso que reparará sus fuerzas.

El médico, dichas estas palabras, volvió á colocar sobre los almohadones del lecho la cabeza de Mariano, que, en efecto, se acomodó para descansar porque estaba exánime de fatiga, y se quedó solo, volviendo el doctor al lado del moribundo duque.

Dos horas después despertó, en efecto, Calabaza con una sed devoradora; volvió á incorporarse en el lecho y miró á todas partes; pero ni vió á

nadie, ni halló vaso alguno que contuviera el vino generoso de que le había hablado el doctor.

Quiso levantarse y no pudo; la sed era cada vez más voraz; su garganta estaba abrasada; la lengua se le pegaba al paladar... ¡se ahogaba! de pronto oyó un murmullo como de dos personas que hablasen en la habitación inmediata y gritó con angustia.

—¡Agua! ¡agua! ¡me muero de sed!

Nadie respondió; sin embargo, su hijo había oído aquella voz lastimera; pero ocupado con sus proyectos de fuga de aquel París aborrecido, que ya sabía tenía por padres dos míseros aldeanos, no se movió, y prosiguió encerrando en su cartera muchos billetes de Banco diseminados sobre su mesa de tocador.

—¡Agua! repitió Calabaza, devorado por la fiebre que había encendido en sus venas el hambre y la fatiga; ¡Agua, que me ahogo!

Aquel acento heló la sangre en las arterias de Mateo; ignoraba que su padre se hallase en la casa del duque y sin embargo reconoció su voz.

Dominado por un vértigo se lanzó á la puerta; pero en aquel momento pasaron dos criados gritando.

—¡Ha muerto el señor duque! ha muerto.

—¡No hay tiempo que perder—murmuró Mateo;—acabemos y huyamos!

Volvió al tocador, y cerró por dentro, sin pen-

sar más en el lastimero acento que había oído.

Ya no se escuchaba, sin embargo; el oído de Calabaza había sido sorprendido por una voz que articuló algunas palabras tan horribles que le hicieron olvidar hasta el martirio que sentía.

Era una voz de mujer, y de mujer anciana, que se oyó en el comedor y que dijo pocas palabras á otra persona, si bien en medio del mayor misterio.

—El arsénico está en esta copa de agua azucarada que bebe todas las noches; voy á ponerla en el tocador, pues van á dar las doce y la bebe á la una.

—Y... ¿y será cosa breve?—preguntó otra voz varonil.

—Negocio de diez minutos. Muerto el señor, nos conviene desembarazarnos del tal Mateo, para hacer nuestro avío; luego cogemos mi hato y huimos; con que voy á llevar el agua, y todo estará concluido antes que los médicos, que se acaban de acostar á reposar un poco, vuelvan á levantarse.

Oyéronse unos pasos que se alejaban, y Mariano saltó de la cama al suelo.

—¡Van á matar á mi hijo!

Esta idea brotó escrita con caracteres de fuego en la mente de Calabaza, extraviada ya por una fiebre creciente.

De repente oyó el choque de un vaso contra

otro; era indudable que en el aposento inmediato era donde depositaban el veneno.

—¡No, no lo matarán, Bárbara!—murmuró Calabaza mirando al vacío, como si hubiera delante de sus ojos una aparición.—¡No me mires así... está bien! ¡Moriré por Mateo como tú! ¡Ese es también mi deber.

Y el desgraciado, víctima de su generosa alucinación, se lanzó adonde había oído el choque de cristal, y empujó una puerta, que cedió al instante á su presión.

Calabaza se halló en un lindo aposento, dividido por una cortina de brocado de seda, y que servía mitad de alcoba y mitad de tocador.

Junto á la puerta excusada que había abierta, se hallaba un pequeño lecho dorado con colgaduras de seda verde, y al lado de aquél una mesa de noche de caoba con tablero de piedra mármol.

Sobre aquella mesa estaba la copa fatal.

Calabaza la tomó con mano trémula y apuró su contenido.

Luego miró en derredor suyo y descubrió á Mateo, que sacaba de una cómoda diversas prendas de vestir, y las metía apresuradamente en una maleta de viaje.

—¡Hijo mío!—exclamó débilmente, pues su cabeza se desvanecía.

Estremecióse el joven y volvió vivamente la

cabeza; entonces vió á su padre que se apoyaba con mano trémula en su lecho para no caer.

—¡Cielos!—exclamó aproximándose á él y aterrado por el aspecto de aquella fantasma livida.

—¡Hijo mío, querían matarte!...—murmuró Calabaza.—Ahí... en esa copa había un veneno... yo lo he bebido para que vivas... y ahora adiós, que me espera tu madre...

—¡Padre... padre mío!—exclamó Mateo, cuyo corazón, por más duro que fuese, se rompió en mil pedazos ante aquella heroica abnegación.

Y arrojándose al cuello de Calabaza, le sostuvo en sus brazos, mirándole con ansioso cuidado.

—¡Socorro!...—gritó después.—¡Socorro!... ¡Socorro!

Nadie respondió; los criados habían fracturado los cajones y roto el escritorio particular del duque, huyendo con todo el dinero, alhajas y plata que había en la casa.

La enfermedad del duque, y el culpable abandono de Mateo, habían favorecido sus designios.

—Ya no te matarán—repitió el moribundo, cuya idea fija era la salvación de su hijo.

—¡Padre mío, no me hubieran muerto, no!—exclamó Mateo con desesperación al oír pararse una silla de posta á la puerta.—¡Marchaba al Havre y no pensaba en beber! ¡Oh, qué mal ha

empleado usted su honrada vida, en defensa de mi culpable existencial

—¡Para mí ha sido un bien, Mateo! La sed me ahogaba y había quedado solo. ¡Oh, que horrible es morir de sed, hijo mío... más dulce es morir envenenado!

—¿Sería usted el que pedía agua?—exclamó Mateo aterrado.—¿Serían de usted, padre mío, aquellos clamores que oí?

Pero el moribundo ya no pudo responder.

—¡Oh, maldito orgullo el mío, que cerró mi corazón y hasta mis oídos á la voz de mi padre!

Luego, acercándose de nuevo á la puerta y sosteniendo siempre el cuerpo de su padre, volvió á gritar con todas las fuerzas de su voz:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Aquel acento angustioso llegó hasta el dormitorio del duque, en el cual velaba y rezaba junto al cadáver el anciano Silvestre.

Estremeciósese el fiel servidor al oír aquel acento de suprema angustia, y se dirigió al sitio de donde salía.

—¡Silvestre, mi padre se muere!—exclamó sollozando el joven.

El anciano miró asombrado al que agonizaba, y á su hijo que, tan pálido como él, apenas podía sostenerse.

—Coloquémosle en la cama de usted, señorito—dijo—y luego iré á buscar á uno de los mé-

dicos, que se han retirado á descansar al otro lado de la casa.

Calabaza fué colocado en la cama de su hijo, y casi en el mismo instante empezó á levantar su pecho el estertor de la agonía.

—¿Quién ha preparado esta noche la copa de agua que yo acostumbro á beber?—preguntó de repente Mateo con ojos que echaban fuego.

—Desideria—respondió Silvestre;—yo se la vi preparar y traerla aquí.

—¡Ah, furia del infierno!—gritó Mateo;—y ha escapado á mi venganza!

—Yo la he visto pasar ahora mismo por el corredor—dijo el anciano.

Mateo quiso correr á la puerta; pero un gemido de su padre le detuvo.

El anciano se incorporó en el lecho, miró á su hijo, volvió después los ojos hacia el cielo como si buscara en él la sombra de Dios, y luego volvió á desplomarse lanzando un débil suspiro.

Era el último; Silvestre lo conoció así, y se arrodilló al lado de aquel cadáver, lo mismo que había hecho al lado de el del duque.

Mateo al ver la acción del anciano, dejó escapar un sollozo; miró á su padre con ojos desencajados, y salió á la calle como un loco y con la cabeza desnuda.

La muerte iguala todas las condiciones.

A la puerta estaba parada la silla de posta, en

la cual había querido huir del ridículo que había echado sobre su vanidad la aparición de sus desdichados padres en el bosque de Bolonia: pero Mateo no la vió siquiera, y continuó corriendo hacia las barreras por donde desapareció.

.....

Silvestre, asustado de lo que pasaba allí, avisó á los dos médicos, y uno de ellos fué á buscar un comisario de policía.

Desideria fué encontrada escondida en la cueva que servía para guardar los vinos.

Á sus pies y hechos menudos pedazos, estaba el testamento del duque; aquella infernal mujer había dejado cebarse á los demás criados en las alhajas y el dinero que había en la casa, y había convenido con el mayordomo, en que después de quitar de en medio á Mateo, que era un estorbo para sus planes, se apoderarían de una enorme suma guardada en una caja de hierro, y además podrían ser los herederos forzosos del anciano duque por sus largos servicios, por un testamento que aquel hizo en su favor antes de encontrar á Mateo, y que luego destruyó por otro hecho á favor del joven.

Ya en poder de la justicia, no supo negar nada. descubrió el paradero de su cómplice, y la ley les dió el castigo á que tan acreedores se habían hecho.

XIII

Un año después, había grande animación en casa del señor cura.

Su sobrino Antonio se casaba con Plácida la pobre huerfanita, pues la señora Pepa, al ver el desamparo de aquella criatura angelical, había dejado sus proyectos ambiciosos, respecto al enlace de su hijo con la opulenta Petra.

Jamás se había visto una desposada de diez y siete años más graciosa que Plácida.

Delgada como un junco, su estatura no pasaba de mediana; rubia, sonrosada, dulce como una malva, suave como un lirio, ligera como una hada, parecía del todo imposible que su cuello blanco y frágil sostuviese el peso de las soberbias trenzas de sus cabellos.

Antonio no era menos hermoso; tenía veintiun años; su cara morena estaba como iluminada por dos ojos negros y rasgados; su cabello negro y lustroso hacía resaltar su boca encarnada con dienteitos muy pequeños.

Antonio llevaba á su mujer toda la cabeza, y sin embargo, aquella niña que aun parecía dormir con los sueños de la infancia, le hacía temblar con una mirada, y volverse loco de alegría con una sonrisa.

Acababan de volver de la iglesia y era cerca